

Capítulo 6

Significado y consecuencia de la huelga social del pentecostalismo

La separación pentecostal del universo socio-político se inscribe, como hemos visto, en la prolongación de la tradición ética común a los protestantismos misioneros en América Latina. Pero la espiritualización radical de la vida religiosa y la modestia de los recursos financieros hicieron que el pentecostalismo chileno renunciara a la obra social de las sociedades misioneras. En otro nivel hemos creído poder avanzar, al menos bajo forma de hipótesis altamente verosímil, que la actitud de alejamiento del mundo descansaba sobre la experiencia dolorosa que los pentecostales tenían de la sociedad.

Hasta aquí hemos tratado la ética social como uno de los elementos del edificio pentecostal, elemento que sería posible aislar. Ahora se trata de mostrar que el rechazo de la sociedad y la actitud de huelga y de pasividad, si no de condena, que derivan de tal rechazo, no se relacionan con un solo nivel (el de las ideas y valores colectivos) de la sociedad pentecostal, sino que se encuentran subyacentes en la totalidad de esta sociedad: no sólo en el conjunto de sus creencias, sino en su sistema de organización, en su concepto del poder y de la vida comunitaria, etc. Esto nos ha permitido decir que el pentecostalismo se constituye en torno de la condenación que dirige contra el mundo, pues éste no será renovado sino con la venida -inminente pero imprevisible- del Señor; y en torno a la misión que se da de salvar las almas de este mundo, para ofrecerles el refugio temporal de la comunidad.

La predicación pentecostal se dirige al individuo y busca una decisión libre. En esta primera etapa, el prosélito toma un compromiso consciente y personal; pero una vez dado este paso, el grupo domina al individuo y exige de él la entrega total de su persona a la comunidad. Convertirse y entrar a formar parte de la Iglesia significa para el individuo aceptar que la totalidad de sus actos sean reglamentados y controlados por la comunidad religiosa, no quedándole dominio alguno en el cual su conciencia personal sea el único juez.

No solamente la comunidad le hace participar en el conjunto de las obras comunitarias, sino que ella también decide por él en su vida privada. El pentecostalismo enseña una moral positiva y activa para todo lo que se refiere a la vida del grupo: participar en los cultos y en la escuela dominical, ofrecer el diezmo,

evangelizar. Desde que se entra en la esfera de la vida privada y familiar, las obligaciones (dar una vida decente a su familia, indicar a los hijos los "camino del Señor", etc.) se doblan con prohibiciones (no beber ni fumar, no participar en los "placeres de este mundo"). Finalmente, en la vida profesional y pública, la moral enseñada se hace francamente negativa y pasiva: hay que ser sumiso, obediente y respetuoso hacia las autoridades (ya se trate de las autoridades del Estado, del patrón o de los sindicatos), pero la regla de oro es: "tú no participarás". De este modo, cuanto más escapa la vida del hombre a los medios directos de control de la comunidad, más la moral enseñada toma la forma de prohibición. El grupo goza de una moral de acción y de compromiso; el creyente aislado debe seguir una ética de desprendimiento y de huelga.

Es una característica de las sectas emitir sobre el individuo una pretensión totalitaria. En el pentecostalismo, las relaciones de dependencia que implica su estructura social familista y su concepción paternalista y autoritaria¹ del poder, no engloban solamente ciertos segmentos del comportamiento del fiel, sino que constituyen situaciones fijadas ya tradicionalmente, y que abarcan la totalidad de la conducta de los individuos. La comunidad pide una integración más mecánica que orgánica y, si el acto de afiliarse deriva de una decisión personal individual, esta decisión contiene, implícitamente, una dimisión del individuo, que renuncia a su autonomía para fundirse con el grupo.

Aquí la comunidad pentecostal se aparta de la congregación protestante tradicional, para presentar, una vez más, estrecho paralelismo con el sistema social típico de Chile: el de la hacienda.

En efecto, la comunidad protestante, ya sea de tradición luterana, calvinista o anglicana, insiste tanto, si no más, sobre el aspecto individual de la fe y de la vida religiosa, que sobre el aspecto comunitario. En una situación extrema, el protestantismo puede vivir su fe él solo, y pasar sin la vida comunitaria, por el hecho de la insistencia puesta en la responsabilidad del hombre ante su Dios. En la tradición protestante, la solución de los problemas no ligados directamente a la parroquia, dependen de la conciencia individual; si es interrogado, el pastor procurará ayudar al fiel a ver claro, pero no decidirá por él. Anteriormente hemos visto un ejemplo de esta actitud, cuando el 40% de los pastores protestantes declaró que la elección política concernía a la conciencia de cada uno. Si el pentecostalismo se inscribe en la línea de la tradición protestante llamando al *individuo* para que tome la decisión de convertirse, se distingue claramente de esa tradición, ejerciendo sobre el neófito una influencia mucho más fuerte, la cual le somete al grupo.

¹ B. R. Wilson habla del totalitarismo de la secta, la cual no quiere ser "only an ideological unit, it is, to greater or lesser degree, a social unit, seeking to enforce behaviour on those who accept belief, and seeking every occasion to draw the faithful apart from the rest of society and into company of each other" (p. 1) "its essential totalitarianism consists in the reorganization and re-orientation of the ideals, values and sentiments of its members" (p. 4). Citas extractadas de *Sects and Society*.

Como la hacienda², la comunidad pentecostal integra el hombre a un grupo reducido a las relaciones directas y personales de dependencia; grupo que sirve de aislante entre entidades sociales más grandes (el Estado-nación, por ejemplo) y el individuo. Numerosas reflexiones y comprobaciones hechas por los expertos de la CEPAL en sus análisis de las resistencias ofrecidas al cambio por los sistemas sociales tradicionales, son válidas también para el pentecostalismo:

"La conciencia de participar como "ciudadanos" poseedores de deberes y derechos específicos dentro de una comunidad nacional formada por todos los ciudadanos y regida por normas impersonales, no parece haber reemplazado las relaciones directas y personales de dependencia en las estructuras locales de poder"³.

Encerrado en su estructura local, donde el poder se halla centralizado en manos del hacendado, y donde las relaciones están personalizadas, el individuo (peón, inquilino) no entra en relación con el Estado-nación sino indirectamente, en cuanto *cliente* del propietario, de quien recibirá y seguirá las directivas políticas, y quien es el único verdaderamente *ciudadano*. Y esto porque es el único que se halla directamente integrado a la nación, y el único que comprende las leyes impersonales. Así, y hasta que no se ofrezca a los campesinos una protección real y efectiva, que les permita librarse de su dependencia respecto del patrón, estos campesinos no tienen otra existencia política que como elementos de la clientela del *hacendado*.

Los jefes de partidos políticos comprendieron pronto que las comunidades pentecostales no eran, en su perspectiva, otra cosa que una nueva metamorfosis del sistema social tradicional, y que el pastor desempeña, igual que el propietario de la tierra, el papel de agente relacionador de su grupo con la sociedad. Por tal motivo, se dirigen ahora al pastor como antes se dirigían al hacendado, subrayándole las ventajas que obtendrían él y su iglesia, si sus fieles votasen por tal partido.

De este modo, se hace evidente una de las ambigüedades del pentecostalismo en la función social que desempeña en el seno de un período de mutación; en el momento en que se desmorona uno de los bastiones de la tradición (el sistema social familista y paternalista que prospera plenamente en la gran hacienda) en ese mismo momento surge la comunidad pentecostal. Esta, sin contradicción posible, llena un vacío, permitiendo al individuo integrarse a un grupo; pero al mismo tiempo se organiza a imagen del antiguo modelo. Hace imposible a sus fieles, por este mismo hecho, participar directamente y como seres responsables en la sociedad moderna que procura emerger. En otras palabras, si el pentecostalismo desenajena al individuo en un principio, puesto que le permite superar su

² Cf. C.E.P.A.L.: *El desarrollo social...* pp. 40.59.

³ *Ibid.*, p. 42.

desarraigamiento y su soledad, ofreciéndoles la entrada en un grupo organizado y protector, la comunidad pentecostal se enajena a sí misma y en un segundo paso 're-enajena' sus miembros, puesto que ella quiere ser ajena al mundo y hace así a sus fieles realmente ajenos a la sociedad.

Una enseñanza basada sobre la ruptura con el 'mundo', una organización cuyo eje son las relaciones personales cara a cara, la dimisión del individuo ante la voluntad del grupo, su sumisión ante los detentares de la autoridad y, por sobre todo, ante el pastor, una vida comunitaria que tiende a hacer lo más efectiva posible la separación de la sociedad ocupando la totalidad del tiempo libre del fiel: tales son los rasgos que definen un sistema social muy próximo al sistema tradicional. Eso hace discutible la tesis defendida por E. Willems⁴, que parece ver en la comunidad pentecostal un eslabón de transición entre la sociedad rural tradicional y la sociedad urbana moderna. Este estudioso estima que el pentecostalismo ha realizado un "trastorno simbólico del orden social tradicional"; y que es "desde el punto de vista ideológico y de organización, diametralmente opuesto a los principios ideológicos y estructurales de la sociedad tradicional"⁵.

Estamos de acuerdo con este autor para afirmar que el pentecostalismo constituye una sociedad sin clases, toda vez que la sociedad sudamericana presenta una estructura fuertemente clasista. Le concedemos que aquí ya no existe el monopolio de la salvación, y que "el acceso a las fuerzas sobrenaturales está abierto directamente a cada fiel"⁶, lo que tiene por consecuencia abrir a cada uno el camino hacia las funciones dirigentes. Es igualmente claro que estos elementos de organización derivan de rasgos ideológicos (teológicos) en abierto contraste con los que prevalecen en la Iglesia católica y en la sociedad ambiente. Estos son los que nosotros hemos llamado *elementos de ruptura*.

Pero otros caracteres equilibran los anteriores. Nos parece erróneo afirmar "la igualdad interna de los miembros de la comunidad"⁷, ya que, según se ha visto, los fieles están organizados de acuerdo a una jerarquía cuasi militar. De igual modo, si es cierto que, por la adopción del sistema congregacionista, las comunidades tienen igual rango entre ellas, es falso, *por lo menos en Chile*, que "no estén sometidas a una autoridad eclesiástica superior"⁸ y que se oponen a la ascensión al poder de los jefes que tengan veleidades autoritarias. Por un lado, en las denominaciones chilenas, existe siempre un gobierno centralizado: el Directorio⁹, del cual dependen los superintendentes regionales, los cuales, al mismo tiempo que pastores de una congregación, son también, en cierto modo,

los funcionarios del poder central, puesto que su cargo incluye la vigilancia para la buena marcha de las comunidades de su zona, y la supervisión especial de los 'pastores-principiantes' (*obreros y pastores probandos*).

Por otra parte, al menos mientras vivan jefes de la generación fundadora, la Iglesia queda dominada por la personalidad fuerte de uno de ellos, verdadero jefe carismático en el sentido de Max Weber. Mostramos anteriormente que no estaba excluida la prolongación de este sistema autoritario hasta más allá de la primera generación¹⁰. Los miembros del Directorio son más bien designados por el líder, que nombrados por el conjunto de los pastores (Asamblea anual). Si es verdad que "la escisión y la formación de nuevas sectas se explica siempre como la liberación de un liderazgo autoritario y opresivo, y como el retorno a la igualdad y a la espontaneidad sin trabas del evento religioso"¹¹, no es menos notorio que esta explicación constituye una *racionalización* del cisma que no corresponde al estado de hecho, como lo prueba el que los disidentes se reorganicen totalmente de acuerdo al modelo de la denominación abandonada¹². Es igualmente discutible afirmar que, en las denominaciones importantes, los 'profetas' portadores de mensajes inspirados, pueden equilibrar el poder pastoral¹³, ya que, la mayoría de las veces, el jefe carismático es también la principal autoridad profética (caso típico: el difunto obispo Umaña, de la *Iglesia Metodista Pentecostal*, cuyas predicaciones proféticas eran famosas), y cuando el profesor Willems propone el caso de la *Iglesia Pentecostal de Chile* para ilustrar este último punto¹⁴, cae en un caso muy claro, que ya hemos presentado¹⁵, en el cual la finalidad democratizante del cisma no era otra cosa que una cubierta mental; donde la denominación está estrechamente ligada al nombre de una personalidad extraordinariamente fuerte y dotada, y donde la función profética queda en un rango inferior a la función pastoral, o incluida en ésta.

De este modo, si bien la sociedad pentecostal es una sociedad sin clases, y si el acceso a todos los cargos se encuentra abierto; no es menos cierto que el poder se ejerce, en todos los grados, de manera autoritaria y que la comunidad reproduce, en tal caso, el modelo paternalista de la familia dilatada. Y ella se basa, como la hacienda, sobre los conceptos antitéticos: opresión y protección, arbitrariedad y gracia; en suma: tiranía y paternalismo.

Tales son aquí los *elementos* llamados de *continuidad* con la sociedad tradicional que hacen legítimo —en esta segunda perspectiva cuyo eje no son ya la movilidad y la estratificación sociales en el interior del movimiento religioso, sino la jerarquización y el ejercicio del poder— considerar al pentecostalismo como una reconstitución de la estructura social tradicional.

4 E. Willems: 'Religiöser Pluralismus und Klassenstruktur in Brasilien u. Chile', p. 202.

5 E. Willems: 'Protestantism and Culture Change in Brazil and Chile', p. 103.

6 E. Willems: 'Religiöser Pluralismus und Klassenstruktur ...', p. 202.

7 *Ibid.*, p. 199.

8 *Ibid.*, p. 199.

9 La tendencia a la centralización de los movimientos religiosos del tipo pentecostal ha sido revelada, por ejemplo, por B. Wilson: 'An Analysis of Sect Development', p. 9; y varias veces en su obra ya citada: *Sects and Society*.

10 Cf. más arriba, cap. 4, pár. 4.a.

11 Willems, *ibid.*, pp. 199-200.

12 Cf. más arriba, cap. 4, pár. 4.b.

13 Cf. E. Willems, *ibid.*, p. 200.

14 Cf. *Ibid.*, p. 200.

15 Véase más arriba, cap. 4, pár. 4.b.

Esta *disputatio* no es un mero juego intelectual: del veredicto que se dé depende, en gran parte, de la cuestión del papel desempeñado por el pentecostalismo con respecto al proceso de desarrollo de la sociedad chilena. Si, con el profesor Willems, concluimos aceptando la ruptura del pentecostalismo con las formas sociales tradicionales, y el carácter igualitario y democrático de la comunidad pentecostal, será lógico estimar que esta comunidad ofrece al hombre un primer aprendizaje de la vida en una "sociedad participante"¹⁶, y que ella constituye un eslabón entre la tradición y la modernidad. Si, como nosotros lo creemos más de acuerdo con los hechos, la comunidad pentecostal se caracteriza por una 'continuidad discontinua' —si se nos permite la expresión— con respecto a la sociedad tradicional; si se concluye reconociendo la dimisión del individuo ante el grupo que ejerce sobre él una influencia totalizante¹⁷, entonces se dudará en considerar el pentecostalismo como un factor positivo de la transición, que capacite para el ejercicio de la responsabilidad en la sociedad moderna.

El dominio totalitario que la comunidad ejerce sobre el individuo, no sólo por su doctrina sino por su sistema de organización, su concepto del poder y sus actividades, presenta, sin embargo, una fisura que permite la confrontación permanente de los "dos reinos" (Lutero) en la vida del hombre. Si la hacienda escapó largo tiempo a los choques con la realidad del cambio social global, fue porque podía satisfacer todas las necesidades de los hombres que de ella dependían. Estos vivían en economía cerrada, donde casi no se conocía el dinero. Durante siglos, las grandes propiedades disponían —Estados dentro del Estado— de su propio ejército y de su propia policía. En tal situación, el campesino se hallaba totalmente desconectado del mundo situado más allá de las fronteras de la hacienda, y solamente los dirigentes servían de intermediarios entre él y la nación. El pentecostalismo, por su parte, nunca ha tratado de constituirse en Chile en comunidades económicas de producción, con el fin de satisfacer en el recinto mismo de la congregación las necesidades materiales de los fieles. Renunciando totalmente a la función económica, hace vivir a sus adeptos en un estado de tensión permanente, ya que les enseña el alejamiento del mundo, sin permitir la realización total de este alejamiento. El pentecostalismo deja así al fiel sufrir la sollicitación (¡"la tentación"!)" constante de sus compañeros de trabajo y de los problemas de la profesión, que no pueden dejarlo absolutamente indiferente, puesto que los comparte.

Las organizaciones profesionales afilian de hecho al creyente: en las industrias manufactureras y extractivas es obligatoria la inscripción en los sindicatos; en los campos, desde hace algunos años, están organizándose los trabajadores agrícolas, abierta o clandestinamente. El partido en el poder —la Democracia Cristiana— afirma creer en el apoyo y en el empuje popular, e incita a las masas

16 El concepto es de J. A. Kahl y caracteriza la sociedad industrial desarrollada. Citado por Willems, 1965, p. 194.

17 Por otra parte, la pretensión totalitaria de la comunidad sobre el individuo, que es característica fundamental de la secta (Cf. nota 1 de este Cap.), parece contradictoria con la tesis de Willems.

para que se formen en juntas de vecinos, en centros de madres, centros de padres, etc., aunque el objetivo oficial sea considerado menos importante que la ocasión misma de reunirse, de organizarse y de encontrar medios de expresión colectiva. En las asociaciones más anodinas, se esconde el deseo de sacar al individuo de su marginalidad y de darle la posibilidad de tomar conciencia de la problemática nacional y de participar en ella, de tener sobre ella algún poder. Este esfuerzo de movilización, que se ha desarrollado considerablemente en el actual decenio, multiplica las presiones sobre el fiel pentecostal, el que no puede menos de sentirse desgarrado entre su fe y su condición de obrero proletario.

Para este fiel, dos respuestas son posibles, las que hemos encontrado en numerosos casos: o la obediencia a su pastor y la pasividad más estricta en su trabajo; o, si toma gusto por los problemas sociales y sindicales, un conflicto entre su comunidad y él, conflicto que conduce, generalmente, a la ruptura.

En la mayoría de los casos, el fiel seguirá estrictamente las consignas prescritas por su comunidad. Trabajador cumplidor, honrado, sin vicios, es el obrero sin problemas para el patrón y al cual éste aprecia. La regla de sumisión a las autoridades le llevará, llegado el caso, a seguir las consignas de huelga del sindicato, pero nunca participará activamente en las reivindicaciones sociales y económicas de sus compañeros. No causará ya extrañeza saber que las oficinas de los pastores importantes llegan a ser agencias de empleo muy estimadas por los industriales y los latifundistas, como lo atestiguan estas frases de un *latifundista* en la provincia de Curicó:

"A mí me gusta mucho contratar pentecostales; trabajan bien, no se emborran, y no se dejan tomar por la propaganda de los sindicalistas ni de los políticos rojos, que tratan de esparcir sus mentiras entre mi gente. Con ellos (los pentecostales) no hay problemas. Cuando termina el trabajo, van a los cultos y no se mezclan con los otros... Cada vez que necesito trabajadores, telefono al pastor X, para ver si puede enviarme alguno".

A la estimación de los patrones por estos obreros que no les crean dificultades, se añade el desprecio de los sindicalistas. He aquí el fragmento de una conversación con un *dirigente sindicalista*:

"¿Los 'canutos'? Siguen (las consignas sindicales), pero nada más. Vea: yo creo que hay cosas buenas en ellos; por ejemplo, no se embriagan; el alcohol es el gran azote de Chile. Pero, aparte de algunas excepciones, para nosotros, los pentecostales son más un peso muerto que una ayuda. Si se vota una huelga, la harán junto a nosotros, pero no serán ellos los que la voten. En principio, ceden siempre ante el patrón, a tal punto que muchos son nombrados para ocupar puestos de vigilancia. No se puede contar con ellos para tomar una responsabilidad. O en ese caso, si la toman, están siempre dudando, porque no tienen pensamiento... como decir... no tienen comprensión de la sociedad y de la lucha sindical".

He aquí también, algunas notas tomadas durante una conversación con un sindicalista de Lota (provincia de Concepción), quien declaró ser "miembro del Partido Socialista y simpatizante del Evangelio".

Pregunta: "¿Cuál es la participación de los evangélicos en los sindicatos?"

Respuesta: Están presentes cuando es obligatorio, pero no intervienen sino muy pocas veces. Aceptan las decisiones votadas en las asambleas, aunque no estén de acuerdo, y no tratan de defender su punto de vista. Por ejemplo, muchos no se inscriben siquiera en los registros electorales.

P.: ¿Podrían, si ellos quisieran, desempeñar un papel en los sindicatos y en la vida política?

R.: Un dirigente comunista me ha dicho; "Si los evangélicos se pusieran a militar, serían más fuertes que nosotros. Yo creo que podrían elegir un director en cada sindicato, y un regidor en cada municipalidad de la región. Si lo hubieran querido, posiblemente fueran la Democracia Cristiana de hoy. Algunos protestantes tienen gran facilidad de palabra. Cada vez que hablo con jóvenes, les hago ver que los evangélicos no desempeñan ningún papel en el campo sindical, económico y político; y que si quisieran interesarse por estas cosas, sin abandonar su religión ni la Biblia, podrían tener dirigentes en cada partido".

P.: ¿Conoce usted casos individuales de protestantes que hayan tomado parte en la lucha sindical?

R.: Eso sucede a veces; y cuando sucede, el protestante se siente muy solo, se desalienta y abandona la lucha.

P.: ¿Por qué?

R.: Por dos razones: por una parte, la lucha sindical no es fácil. Si yo fuera evangélico, no aceptaría que un hermano, como ellos se llaman, entrase a la lucha sindical si no tiene la mística evangélica y también el pecho para hacerlo. Es preciso saber hacer frente al patrón, maniobrar entre las tendencias políticas, los comunistas tienden lazos a todos los sindicalistas que no son del partido. Para poder resistir, el protestante debe tener una fe sólida y una preparación técnica. Por otra parte, la iglesia no acepta que él se comprometa, y, si lo hace, lo abandona. ¿Qué puede hacer en tales circunstancias? ¿Quiere comprometerse como protestante, y su iglesia lo deja caer! Generalmente, los que ensayan comprometerse en el sindicato, o renuncian muy luego para volver a su iglesia, o abandonan su culto. Hubo un caso que hizo mucho ruido, hace algunos años. El señor X, del Ejército Evangélico de Chile. Era un gran predicador, y tenía buena situación. Además de su trabajo en Lota Green, tenía un taller y una lancha de pescar. Fue elegido en la primera votación para el sindicato, apoyado por los comunistas y los evangélicos. Se le había advertido que tuviera cuidado, que se estrellaría con dificultades. Respondía: 'No te preocupes, la política no me vencerá, yo soy fuerte, tengo la fe'. Hasta fue elegido regidor y alcalde

subrogante. Después, un buen día, el partido comunista lo abandonó y no volvió a ser reelegido, y su iglesia no se ocupó más de él, porque ya no le era útil. Ahora, lo ha perdido todo; vive en la pobreza más absoluta. Vaga por las calles, vestido de andrajos. Se embriaga.

P.: ¿Qué piensa usted de todo eso?

R.: Es triste, porque si ellos quisieran, podrían hacer buen trabajo. Hay una diferencia entre los evangélicos y los otros; aunque tengan el mismo salario, sus casas están más limpias. Eso podrían hacerlo también en los sindicatos y en la política. *Los evangélicos son muy numerosos, pero como no actúan, o su doctrina les prohíbe actuar, no son nada*".

Esta última entrevista describe lo que sucede, generalmente, cuando un fiel milita en los sindicatos o en los partidos. Un pastor de Tomé decía:

"Yo prohíbo a los míos meterse en esas cosas. He visto jóvenes que aceptaban responsabilidades sindicales. Después no leen más la Biblia, sino que estudian las leyes y la política. No tienen ya tiempo de venir a las reuniones, a los cultos; no salen más a predicar al aire libre. *Se pierden*".

'¡Se pierden!' Esta expresión vuelve constantemente a la boca de los pastores para designar a quienes, dedicados a las actividades seculares, no se hallan ya totalmente disponibles para su congregación. En realidad, la organización pentecostal es tal, que no deja —no quiere dejar— al individuo la posibilidad de otras actividades. Pero si ocurre que un fiel acepta responsabilidades fuera de su iglesia, empieza a discutir la autoridad del pastor y de los ancianos:

"En seguida, cuando vienen a una reunión, se ponen a criticar a la iglesia, a reprochar al pastor por no apoyar oficialmente a los huelguistas. Terminan por decir que la iglesia debería hacer política, y en eso manifiestan que están corrompidos y que Dios los ha abandonado. Entonces es necesario expulsarlos, antes de que contaminen a los demás miembros, antes de que produzcan divisiones y problemas". (Un pastor de Concepción).

La toma de conciencia sindical o política de un pentecostal pone en movimiento un conflicto complejo. En primer lugar, el fiel entra en oposición con la prohibición política de su doctrina; después, sus nuevas actividades disminuyen su participación en la vida de la congregación, lo cual es interpretado como 'señal de decadencia espiritual'. En tercer lugar, surge un conflicto personal: puede postularse —y la cita que precede lo muestra claramente— que un fiel que tome responsabilidades en una organización sindical no acepte ya tan completamente la autoridad del pastor. No sólo porque el acto de su compromiso secular constituye en sí un desafío al poder pastoral, sino más bien porque, habiendo aprendido con los dirigentes sindicales una forma de participación colegiada, basada sobre

la discusión, la toma de responsabilidad personal y la decisión por medio de una votación, pondrá en duda la sumisión del individuo al grupo, como lo implica la participación pentecostal. En términos durkheimianos, descubriendo una forma de solidaridad orgánica, basada sobre la complementariedad y la división de las funciones, discutirá la fusión mecánica del individuo en el cuerpo pentecostal. Al mismo tiempo —y de ahí viene, en muchos casos, la violencia de la reacción pastoral—, son el sistema jerárquico y la organización social total del pentecostalismo los que se ven comprometidos. Desde el momento en que un fiel no sigue más la regla de la pasividad, escapa a la influencia ideológica de la comunidad y a su control; participa no sólo en otras tareas, sino también de otros valores. Escapa a *la vida bajo tutela* que es, en último término, la vida del individuo en la comunidad pentecostal, como en todas las comunidades cuyo poder es paternalista y autoritario. Por tanto, el pastor luchará no sólo para preservar la comunidad, sino también para proteger su propia situación. Tiene ahora frente a él un miembro de la iglesia que no le considera más como al 'patrón'; un fiel que estima ser único juez de su compromiso secular y pide al pastor que se abstenga por lo menos de juzgar, ya que no quiere aprobarlo.

De este modo, la incompatibilidad del compromiso secular y del pentecostalismo no es sólo un problema ideológico, sino que se traduce en todos los niveles del fenómeno social pentecostal. La participación política de un fiel daña las normas y la moral, es cierto; pero también a la concepción del poder, a las exigencias de participación y de solidaridad, y a la forma que debe tomar la participación individual. En suma —el sistema pentecostal siendo lo que es— puede afirmarse con exactitud que la participación responsable en un sindicato significa servir a dos señores antagónicos. La cuestión (¡teológica!) que falta resolver es saber si verdaderamente el Evangelio no tiene una dimensión política y social. Una respuesta negativa arrastra al pentecostalismo a desempeñar el papel inconsciente de defensor de la sociedad pasada, del *statu quo*, del orden, frente a las fuerzas cada vez mayores del progreso y de la modernidad.

Un dirigente pentecostal —que preconizaba una forma de compromiso político de la que hablaremos más adelante— acababa de predicar sobre el libro bíblico de Amós, escamoteando totalmente el mensaje de justicia social de este profeta. Le hicimos notar la dimensión socio-política de los libros proféticos, y le preguntamos si se predicaba sobre este tema en las iglesias de su denominación. He aquí su respuesta:

"Yo sé que hay un mensaje social, y hasta político y revolucionario en la Biblia. No sólo en el Antiguo Testamento: está igualmente la Epístola de Santiago. Y este mensaje, que pertenece al Evangelio, ataca a los ricos que explotan a los pobres. Habría mucho que decir sobre este asunto en Chile. Pero por el momento no podemos hacerlo. Nuestra gente es demasiado débil, le falta madurez; a menudo no saben leer. ¿Qué sucedería, pues, si se predicasen esos textos? La gente no los comprendería; eso crearía

problemas en las iglesias; crearía disturbios. No, no podemos hacerlo. Por otra parte, se sabe que la gente confunde la política con la 'politiquería'; la primera, es el arte de gobernar a los pueblos; y la segunda, es la lucha de los grupos o de las personas. Y en las iglesias pentecostales se tiene miedo, mucho miedo, de todo lo que es política. En nuestras iglesias prima este sentimiento de miedo, y se ha formado un círculo de ideas espirituales, para impedir todo contacto con el mundo político. Hasta para impedir que las diversas denominaciones se ligen entre ellas para constituir una sola fuerza política. Se tiene la idea de que cada iglesia forma un pueblo privilegiado, el pueblo de Dios, que debe vivir sin contacto con los otros, con los que llamamos gentiles. Es un poco como la idea de los israelitas en tiempo de Jesús frente a los samaritanos".

Este pastor es uno de los pocos pentecostales que desarrollan una reflexión crítica sobre sus iglesias, y que tienen conciencia de la reducción hecha al Evangelio por el pentecostalismo. Pero pretextando la falta de madurez de los fieles, justifica el estado de hecho.

De lo que precede, es posible inferir una hipótesis importante para el porvenir del movimiento pentecostal. *Cuanto mayores posibilidades reales y concretas de participación directa ofrezca la sociedad chilena a las capas populares, más crecerá la tensión entre pertenecer al pentecostalismo y la conciencia de ser ciudadano de un país. ¿Qué sucederá entonces? Antes de intentar una respuesta, mostremos ciertos efectos de la presión de la sociedad sobre la conciencia de los pastores protestantes.*

Como se indicó en la introducción, la muestra de pastores pentecostales comprende la totalidad de los pastores de cinco denominaciones en tres provincias. Vamos a ver que las respuestas de los pastores a las preguntas referentes al compromiso socio-político presentan ciertas variantes en función de la provincia.

CUADRO 1

LA RESPONSABILIDAD SOCIO-POLITICA DE LA IGLESIA, SEGÚN LOS PASTORES PENTECOSTALES
DISTRIBUCIÓN POR PROVINCIA * %

	Si	No	T.	Base
Cautín		100	100	10
Santiago	37	63	100	38
Concepción	62	38	100	13
TOTAL	36	64	100	61

CUADRO 2

DISTRIBUCIÓN, SEGÚN LA PROVINCIA, DE LOS PASTORES PENTECOSTALES QUE ACEPTAN LA PARTICIPACIÓN DE LOS FIELES EN ACTIVIDADES DE CARÁCTER SOCIAL Y/O POLÍTICO. POR PORCENTAJE * %

	Juntas de vecinos	Sindicatos	Partidos políticos	Base
Cautín	70 %	30 %	20 %	10
Santiago	63 %	50 %	5 %	38
Concepción	85 %	69 %	31 %	13
TOTAL	68 %	51 %	13 %	61

CUADRO 3

DEFINICIÓN DEL SUBDESARROLLO, SEGÚN LOS PASTORES PENTECOSTALES POR PROVINCIA * %

	Correctas	Falsas	Total	Base
Cautín	60	40	100	10
Santiago	53	47	100	38
Concepción	77	23	100	13
TOTAL	59	41	100	61

CUADRO 4

LA INTERVENCIÓN DE ESTADOS UNIDOS EN LA REPUBLICA DOMINICANA Y LA OPINION DE LOS PASTORES PENTECOSTALES. POR PROVINCIA * %

	Desconoce el acontecimiento	Está al tanto. Lo aprueba?				T.	Base
		No	Si	No sabe	S. R.		
Cautín	40	20	20	20		100	10
Santiago	39	29	16	5	11	100	33
Concepción	15	63	15	7		100	13
TOTAL	34	34	17	8	7	100	61

En estos cuatro cuadros, los pastores de la provincia de Concepción se distinguen de los otros por su mejor conocimiento de la actualidad y por su mayor sensibilidad al fenómeno político. Ocurre, pues, que esta provincia se halla intensamente industrializada¹⁸: al norte tiene la industria textil; al centro, el puerto de Talcahuano y la industria siderúrgica, y al sur, las minas de carbón. En estas actividades, la sindicalización es obligatoria, lo que constriñe a los trabajadores pentecostales a soportar, por lo menos, la atmósfera, la cultura y las preocupaciones de las asociaciones profesionales. Con excepción de la ciudad de Concepción, los conjuntos urbanos se constituyen en torno a la mina o a la industria. Parte de la gente vive sobre las tierras que pertenecen a la compañía; no hace mucho, se compraba —a precios elevados— en los almacenes y tiendas de la compañía. Esta presencia de los alrededores industriales ejerce una presión constante y termina por impregnar las conciencias mismas de los pentecostales. Así, pues, ciertos valores políticos son propagados por los mismos pastores, confrontados directamente a los problemas del trabajo, puesto que es menos raro, en esta región, que el ministro ejerza una profesión seglar. Aquí, seis pastores de cada diez creen que la Iglesia tiene una responsabilidad frente a la sociedad; cerca de un tercio acepta el compromiso partidario de los fieles, y el 63% condena la intervención de los Estados Unidos en Santo Domingo, de la cual sólo el 15% no ha oído hablar.

Sin embargo, no nos dejemos engañar sobre el significado de estos resultados. El sindicalista cuyas opiniones referíamos más arriba, es de la zona del carbón y hablaba de las iglesias de esa provincia. La mayoría de las preguntas de nuestra encuesta tratan de la posibilidad de un compromiso socio-político y no de los alicientes concretos que le serían dados. Finalmente, hasta en esta provincia, menos de un tercio de los pastores autoriza a sus fieles militar en un partido político. Lo que importa revelar es la influencia del medio social sobre la actitud pentecostal frente a las formas de compromiso secular. En Concepción, donde la afiliación sindical es mucho más fuerte que en las dos otras provincias, *las iglesias son más permeables a los problemas de la comunidad ambiente (la industria, la mina), porque, de hecho, sus fieles participan de dichos problemas más directamente que en otras partes.*

Es fácil comprender las respuestas dadas por los pastores de la provincia de Cautín. Casi exclusivamente rural y agrícola, esta provincia, donde la sindicalización es insignificante, por lo general no ofrece a sus habitantes sino las posibilidades tradicionales de participación, por intermedio de organizaciones sociales con lazos directos y personales de dependencia, ya se trate de la empresa agrícola, de la reducción india o de la empresa artesanal.

Más sorprendente son los resultados de Santiago, los cuales se parecen a los de Cautín. Los pentecostales de la *megápolis*, como los del campo, desarrollan, pues, en este dominio, las mismas actitudes. Aunque no hayamos podido

llevar a cabo ninguna encuesta de envergadura sobre este punto, varios indicios permiten creer, razonablemente, que el reclutamiento pentecostal opera, en la capital, sobre todo entre los migrantes y los marginales, designando ambas palabras, la mayoría de las veces, a los mismos individuos. La palabra misma por la cual se los designa, *marginales*, indica su total ausencia de integración en las organizaciones que caracterizan la sociedad moderna; y por el mismo hecho se explica la impermeabilidad del pentecostalismo de la capital a las preocupaciones políticas.

Estas pocas indicaciones sugieren que, cuando los individuos son inscritos de hecho en organizaciones dependientes de la sociedad moderna emergente, la Iglesia pentecostal se ve constreñida a ductilizar su ética social. Pero ¿hasta dónde puede llegar esta adaptación?

Miremos el problema desde otro ángulo: ¿qué interpretación debe hacerse del aporte pentecostal al lento y titubeante surgimiento de una sociedad moderna y secular en Chile? Las comunidades de este movimiento ofrecen al individuo un paliativo para su desarraigo, permitiéndole estar y participar en un grupo protector. Pero estas comunidades se organizan según el modelo de la sociedad tradicional que se halla en declinación. En una época de transición ellas son un esfuerzo de restauración. Su dominio totalitario sobre el individuo proviene de la estructura social tradicional, pues intenta separar sus miembros de la sociedad global. Esta característica, en estrecha interdependencia con el conjunto de las creencias (de aquí la ética social) del pentecostalismo, es en realidad un elemento de resistencia al cambio, puesto que tiende a aislar al fiel de los movimientos innovadores. Por otra parte, es así exactamente como ven al pentecostalismo las personas extrañas a este movimiento, ya que el latifundista como el industrial se felicitan del aislamiento de los evangélicos, mientras que los sindicalistas lo deploran.

Al principio del Capítulo 5 planteábamos la cuestión de la coherencia interna del pentecostalismo, considerado como fenómeno social total. Comprobábamos, por un lado, la aculturación del pentecostalismo en Chile —lo que hace de él la única forma auténticamente sudamericana del protestantismo—, aculturación que se opera por un curioso proceso de ruptura y de apropiación de los elementos clásicos de la cultura (esquemas de comportamiento religioso) y de la sociedad (sistema de organización, concepto del poder, etc.) ambientes. Por otra parte, hemos notado el rechazo consciente a participar en esta cultura y en esta sociedad. Estos movimientos contradictorios: ¿tienen un punto de conciliación? Sí lo tienen, y debe buscarse en el hecho de que la comunidad pentecostal se inspira en la sociedad tradicional (la hacienda) y no en la modernidad emergente. Aunque el pentecostalismo se ha propagado al amparo de la quiebra de la tradición, desde el momento que ciertas instituciones de la modernidad son establecidas y funcionan realmente, la mira totalitarista de la comunidad pentecostal debe ceder terreno.

¿Equivale esto a decir que, si Chile lograra su desarrollo económico y social, el pentecostalismo marcaría el paso, y hasta acaso entrara en regresión? Cuidado con los vaticinios. Ya los ejemplos extranjeros (especialmente de los países escandinavos) muestran que el pentecostalismo puede tener otras bases que no sean la miseria económica. En los Estados Unidos se observa la 'pentecostalización' de ciertas Iglesias presbiterianas y metodistas u otras, cuyos fieles pertenecen a las clases sociales medias y hasta superiores. Allí, el pentecostalismo subsiste aun cuando el nivel social de sus adeptos mejora. En Chile, según la lectura de los índices que hemos tenido a nuestra disposición, la situación es contradictoria: si la sindicalización opera en la región minera de Concepción, en favor de una primera forma de integración a la sociedad, no es menos cierto que es en esa región donde el pentecostalismo está más vivo y dinámico. Pero la sindicalización es sólo uno de los índices posibles de integración; además, el trabajo de los sindicatos no ha eliminado las precarias condiciones de subsistencia en la zona del carbón. Esto podría, pues, contrapesar aquello.

Lo cierto es que el creciente movimiento del pueblo chileno para inscribirse en las organizaciones seculares más diversas forzaría al pentecostalismo a realizar algunas adaptaciones.

El ideal sería —en una perspectiva cristiana— que el pentecostalismo opere la conversión de su ética política, y se proponga formar en sus fieles un sentido de la responsabilidad personal, ofreciéndoles una ética de compromiso en las estructuras nacionales. El creyente podría inscribirse en partidos políticos y en sindicatos, donde aceptaría responsabilidades, en nombre de su fe cristiana, lo que le conduciría a participar directamente en la transformación del país.

Surge entonces una dificultad importante: por el hecho de la extraordinaria cohesión e interpenetración interna de todos los estratos en profundidad del sistema pentecostal, por el hecho de la extrema interdependencia entre la organización, los modelos sociales, las conductas colectivas, las tramas de los papeles sociales y la doctrina, parece claro que *toda tentativa de reforma realizada conscientemente* que tenga por objeto un campo preciso, conmoviera, por vía de repercusión, la totalidad del edificio. Como acaba de verse, la integración, por el pentecostalismo, de una doctrina que preconice la responsabilidad sociopolítica del cristiano en la sociedad, exigiría una refundición que no se limitase a la 'doctrina del mundo', sino que alcanzase hasta el *status* y el rol pastoral, la organización y la concepción que tiene la comunidad del empleo del tiempo de sus fieles. Una conversión de un detalle implica, al final de cuentas, una transformación del conjunto de este fenómeno social total muy integrado, que es el pentecostalismo.

Pero ningún síntoma permite creer que este movimiento pueda lanzarse en tal aventura. La sacralización de la tradición, el respeto por las normas establecidas y la ausencia de personalidades reformadoras, hacen impensable tal mutación.

Otra posibilidad, que no afectaría la estructura de las comunidades pentecostales, sería que los pastores adquirieran una conciencia positiva del fenómeno político y de su responsabilidad frente a la sociedad; y que añadan a la dimensión espiritual y paternal de su papel la de jefe político de su congregación. La congregación seguiría, en política, a su jefe natural, como antiguamente los trabajadores de la hacienda votaban según las consignas del patrón. Aquí se respetaría la ambición totalitaria de la organización y de la ideología pentecostal, y el pastor desempeñaría el papel del jefe tradicional, es decir, el de intermediario entre su 'clientela' y el sistema nacional.

Esta tendencia existe ya, bajo la forma de un apoyo más pasivo que activo, acordado por ciertos pastores de congregaciones importantes a los partidos políticos. Allí donde estos partidos no pueden influir directamente en el individuo, es decir, allí donde subsisten todavía organizaciones sociales paternalistas, que implican una sumisión directa y personal hacia el 'patrón' y que filtra las relaciones entre el individuo y la sociedad. Los políticos profesionales no tienen otra posibilidad que ganarse a los dirigentes tradicionales, a los *caciques* (como dicen en Méjico). Este apoyo puede ser voluntario, y es claro que, como los partidos conservadores represen tan los intereses de los dueños de la tierra, estos últimos les aportarán su apoyo y el de sus clientes.

Pero hay otros líderes que disponen de clientela y cuya actitud política es ante todo la indiferencia: los pastores pentecostales. Generalmente, no darán su apoyo a ningún precio a los conservadores (cuyo partido se halla históricamente ligado a la jerarquía católica) o a los comunistas ateos (aunque en la zona del carbón sean menos enemigos del comunismo que en otras partes). Los partidos del centro, defensores de la libertad de conciencia, tenían buena fama, y muchos pastores aceptaban aconsejar a sus fieles que votasen por ellos. Pudo suceder que estos pastores recibieran en agradecimiento alguna donación que dedicaran en el hermoamiento del templo o para la construcción de una nueva capilla. Con ocasión de las últimas elecciones presidenciales (1964), en las cuales la lucha se libraba entre el candidato demócratacristiano y el del FRAP (marxista), algunos pastores se inclinaron a uno u otro de los candidatos. (La elección era difícil, pues el uno tenía el inconveniente de presentarse como *católico* y el otro como *marxistas*).

Es preciso hacer notar que es difícil para un partido político controlar el apoyo real aportado por el apoyo del pastor, y que conocemos pocos casos en los cuales el pastor haya intervenido desde el púlpito para influir en sus fieles. El consejo se da, más bien, en particular, sin gran publicidad, pero sin misterio y sin mala conciencia. Escuchemos lo que dice a este respecto un pastor joven:

"Muchos pastores aceptan esta ayuda de un partido. Pero no de cualquier partido: es preciso que este partido no se oponga al Evangelio. Nosotros somos iglesias pobres, nuestros miembros son muy pobres, y con este dinero pueden hacerse grandes cosas para la obra de Dios. Además, no se

dice a los fieles que deben votar por un partido. Se dice a los hermanos de confianza que tal diputado nos ha hecho esta ayuda, y que nosotros podríamos ayudarlo; y estos hombres de confianza lo repiten a los que ellos conocen bien. Pero no se controla a nadie, lo cual, por otra parte, es imposible. Y no se permite tampoco que ningún político hable en el culto. Como de todas maneras es preciso votar, preferible hacerlo por un partido que nos ayude. A mí, personalmente, nunca se me ha pedido nada; eso se debe él que sólo recientemente he comenzado la obra y a que todavía hay pocos fieles. Cierto, esto no debe ir hasta comprometer a la Iglesia con un partido, y es preciso saber detenerse antes de que el partido pueda darnos órdenes. Pero creo que lo haría...

Esta forma tradicional de compromiso político, en el cual el pastor emplea su influencia ante la congregación, podría adquirir un carácter más activo, si se realizase el sueño acariciado por algunos grandes dirigentes pentecostales: el de un partido evangélico de tendencia social-demócrata. Esta idea es apoyada —oficiosamente— por ciertas personalidades extranjeras, representantes de servicios norteamericanos de ayuda eclesiástica, a los cuales convendría la constitución de una fuerza política que no fuera ni católica ni marxista. Por el hecho del elevado número de evangélicos en Chile, es claro que si sus voces se dirigieran de manera homogénea hacia un solo partido, constituirían una fuerza impresionante. Factores variados concurren a estimular las ambiciones políticas de ciertos dirigentes. Además de cierta conciencia nacional, hay también la búsqueda de prestigio que se manifiesta no sólo de este modo, sino también por el deseo de construir templos grandiosos y de introducir un decoro en las ceremonias (trajes especiales para los pastores, y ritual), lo que elevaría el pentecostalismo "iglesia de los pobres y de los miserables" al rango de "religión respetable". Está además el hecho de que, habiendo tomado conciencia de la fuerza del movimiento, ciertos dirigentes encuentran humillante, cuando tienen que presentar una solicitud al gobierno, el tener que mendigar el apoyo de un diputado o de un senador. Estos sentimientos se mezclan en las siguientes frases de un pastor:

"En el dominio político, yo diría que —aunque la ley nos obligue a participar en las elecciones— las iglesias, en general, están contra toda participación política, por temor de perder aquellos que participarían en actividades o en luchas políticas. Y hemos llegado a la triste realidad de que, en Chile, con cerca de un millón de evangélicos, no tengamos ni un diputado ni un senador, a los cuales poder presentar nuestras solicitudes, y que representen las ideas evangélicas, los fines de la Iglesia Evangélica, que es mejorar la condición del hombre a través de los preceptos bíblicos y de las enseñanzas del maestro, nuestro Señor Jesucristo".

Este despertar de la ambición política en ciertos pentecostales, es por sí mismo el signo de una evolución hacia una cierta flexibilidad. Pero el sueño de un partido en el cual participaría la masa de los pentecostales está lejos de llegar a ser una realidad, aunque sería posible que lo fuera algún día. Por otra parte, las ideas son muy confusas a este respecto. ¿Se trataría de un partido *protestante* social-demócrata; o de un partido social-demócrata, al cual los evangélicos pres-tasen su apoyo? Parece que la segunda hipótesis fuera la buena, pues los pentecostales no tienen las personalidades capaces de lanzar, con alguna expectativa de éxito, un nuevo movimiento político. Es verdad que se habla en Chile de la creación de un partido de esta naturaleza; pero —notémoslo— estas sugerencias vienen de los elementos dinámicos de una derecha en descomposición, y que estiman necesario darse una nueva máscara para tener éxito y frenar el desbande¹⁹. El pentecostalismo se encontraría entonces del lado del orden. Pero la diseminación del pentecostalismo y las rivalidades personales que oponen a sus dirigentes entre sí, hacen dudar de que el pueblo pentecostal logre una unidad política: tanto más cuanto los actuales jefes de las dos ramas principales, la *Iglesia Metodista Pentecostal* (que hace poco rompió sus lazos con el Partido Radical) y la *Iglesia Evangélica Pentecostal*, rehúsan con firmeza toda alianza con un determinado partido.

Existe en Chile un dirigente de denominación religiosa, que goza de cierta prestancia de caudillo político: el pastor Víctor Manuel Mora, que salió de la Iglesia Metodista en 1928, para formar la *Iglesia Wesleyana Nacional*. Caso especial, este pastor pentecostal estudió cierto tiempo en un seminario metodista; fue minero, dirigente sindical, y participó en la formación del Partido Socialista de Chile. Su denominación se halla implantada, sobre todo, en la zona del carbón; pero, a juzgar por las congregaciones que nosotros hemos visitado, parece estar actualmente algo estancada. Según el pastor Mora, todo miembro de su Iglesia debe ser activo en el seno del Partido Socialista: “No permito que nadie llegue a ser miembro de mi iglesia, si no pertenece a la izquierda”²⁰. De ahí el nombre de *Nacional* dado a su iglesia, lo que significa que no depende para nada del extranjero y que es “para el pequeño pueblo minero”. Esta Iglesia quiere ser fiel al metodismo primitivo (Iglesia de Wesley), pero tiene ciertos rasgos del pentecostalismo, como el acento puesto sobre la profecía (tiene una ‘escuela de profecías’) y el bautismo del Espíritu: “En el dominio religioso, pertenecemos al tipo llamado fanático; somos espiritualistas, en particular, en cuanto a las doctrinas de las curaciones, que comprobamos diariamente, y de las profecías”.

Por lo que ha llegado a nuestro conocimiento, se trata de la única denominación que tenga una visión política revolucionaria, entrecruzamiento salido de la historia personal del fundador. ¿Pero cómo concilia su fe y su compromiso

marxista? En una conversación, el padre Vergara le hacía notar el ateísmo del marxismo y le citaba los principales pasajes de Marx sobre la religión. Mora le dio esta respuesta:

“El cristianismo no encontrará nunca un rival en el marxismo; porque el cristianismo concierne a la cabeza, mientras el marxismo se refiere al estómago. Además, no llegamos nunca a una realización de los ideales cristianos; ni Jesús mismo llegó y la prueba está en que lo mataron. “El comunismo vendrá, pero es claro que el ideal cristiano, como ideal, sobrevivirá”²¹.

Más allá de cierto liberalismo teológico (la fe cristiana considerada como un ideal), el interés de esta posición consiste en que ilustra una forma de integración de la responsabilidad política, conservando al mismo tiempo el esquema dicotómico en la base: la religión es asunto del espíritu; la política, de la carne (estómago). Aquí, la diferencia se encuentra en que la dicotomía no es más dualista: la carne ya no es, a priori, el asiento del mal, y la política, en su nivel, es tan importante como la religión, porque realiza imperfectamente el ideal perfecto, pero irrealizable de la religión. A otro interlocutor, Mora dirá que el amor de Jesús por los pobres nos enseña la necesidad de una acción política de izquierda. De este modo, si el pastor opera una revolución del esquema de pensamiento clásico en el protestantismo, al valorizar el fenómeno político, no llega, sin embargo, a integrarlo al seno de la fe en el dominio del espíritu.

Pero el pastor Mora es uno de los pocos jefes de Iglesia que se haya liberado del anticomunismo traído por el protestantismo misionero, y que fuera transmitido al pentecostalismo. Es también, el único que parte de las necesidades del pueblo y no de las necesidades de la Iglesia, en su reflexión política.

Si, por una parte, la conversión del pentecostalismo hacia una Iglesia no totalitaria, que enseñe un compromiso responsable del fiel en la sociedad secular, y que le permita, al nivel de las estructuras sociales, realizar dicho compromiso, nos parece imposible por el simple hecho del papel preponderante de la tradición; si, por otra parte, la idea de un compromiso masivo de los evangélicos en un solo partido, bajo la dirección de los pastores con estatura de jefes políticos, parece ilusoria, por el hecho del pluralismo pentecostal; resulta entonces probable que su tendencia expansionista llevará al pentecostalismo a una acomodación empírica con la sociedad ambiente. Varios signos muestran que esta evolución está ya en camino: tales son esos apetitos políticos de ciertos dirigentes, la relativa aceptación de la afiliación de hecho de los fieles, en la provincia de Concepción, y el deseo de una situación social honorable. Pero sus trabas —dualismo latente o evidente; anticomunismo, también— hacen muy improbable que, de factor de *statu quo*, el pentecostalismo llegue a ser un elemento motor del cambio. Aunque la huelga socio-política practicado hasta ahora haya hecho del pentecostalismo

19 Recuérdese que este texto terminó de redactarse en 1966.

20 No nos ha sido posible, desgraciadamente, encontrar al pastor Mora. Las frases que citamos están sacadas de la obra de I. Vergara: *El Protestantismo en Chile*, pp. 140-144.

21 *Ibid.*, p. 143.

una fuerza *apolítica*, más favorable al pasado y al orden que al porvenir, este movimiento podría evolucionar hacia una posición política de centro-derecha. Es claro que, si el Partido Radical en crisis se recuperase, o le sustituyera una democracia social arreligiosa, los votos pentecostales irían de preferencia hacia ella, por miedo al catolicismo de la democracia cristiana y al ateísmo de los partidos marxistas. Pero en este caso la cuestión sería la siguiente: Mientras la solución francamente revolucionaria este monopolizada por el FRAP, y la idea de una revolución dentro del cuadro de las libertades democráticas es el motor de la DC, ¿qué ideas progresista podría adoptar una aleatoria democracia social? ¿Sería otra cosa que una derecha disfrazada? Y en ese caso, una vez más, la preocupación de la defensa de la Iglesia primando sobre la defensa del pueblo, llevaría al pentecostalismo a adoptar, en nombre de sus intereses religiosos, un color político que iría contra los intereses de clase de sus fieles.

Conclusión

Radicalizando y espiritualizando el metodismo del siglo XIX, pero conservando, sin embargo, y hasta reforzando, algunos de sus dogmas principales, como el dualismo carne-espíritu, y el del carácter inminente pero trascendente y ultraterreno del Reino, situado en el cielo, el pentecostalismo enseña a sus adeptos la huelga socio-política pasiva, limitada por el mandamiento de la sumisión a las autoridades. En sus formas sociales, se presenta como una reconstitución especializada (puesto que es puramente religiosa) de una sociedad moribunda; como el heredero de las estructuras del pasado, más que como el precursor de la sociedad emergente. Estos componentes hacen del pentecostalismo, en último análisis, una fuerza del orden, más que un elemento de progreso; un defensor del *statu quo*, y no un promotor del cambio. Ahí se encuentra uno de los elementos más sorprendentes —y, para emitir un juicio personal, más lamentables— del pentecostalismo. Este, compuesto de fieles pertenecientes a las capas populares chilenas, desarrolla en ellos una mentalidad que los lleva a alienarse poniéndose al lado del conservantismo. Ése es también, su punto débil. En efecto, a medida que continúen desarrollándose organizaciones de toda clase, cuyo fin sea la movilización del pueblo y la creación de actitudes favorables al cambio, el fiel se sentirá cada vez más desgarrado entre su iglesia y su país, entre su fe religiosa y sus intereses económicos y políticos. El hecho mismo de que, salvo raras excepciones, el sindicalista activo termine rompiendo con su iglesia, la que también lo rechaza, indicaría que esta tensión juega más en favor del compromiso secular que del religioso.

En otras palabras —y será sobre este punto que deberán centrar su atención los observadores en los años venideros— la movilización creciente del pueblo chilena, ¿frenará la expansión pentecostal hasta darle un signo negativo? ¿Provocará una mutación del pentecostalismo chileno? ¿Será éste frenado de tal

modo por el peso de la tradición, que resulte incapaz de reformarse? A nuestro parecer, el choque provocado por la toma de conciencia de las masas chilenas, dominará la historia del pentecostalismo en los años venideros.